

## CAPÍTULO X

El Rio de la Plata. — Buenos Aires, su pasado y su porvenir. — La revolucion. — Desarrollo de malas ideas y sus causas. — ¿Por qué aquellas tuvieron eco en algunos miembros del clero americano? — Primeros escándalos dados en América. — Sus consecuencias. — Guerra civil atroz. — La dictadura. — La mano de la Providencia.

El sol escondia sus postreros rayos entre las ondas del Océano, cuando yo, desde un vapor inglés que salia para Buenos Aires, saludaba por última vez las costas orientales. ¡Montevideo! Esa desgraciada Montevideo, en medio de una campiña feraz pero inculta, aparecia triste y abatida como la jóven que disipó en sus extravíos la inmensa fortuna que recibió por herencia. No percibia movimiento alguno en esas playas cuyo fruto enriquecer podria á la república entera, ni divisaba los pequeños pueblos rodeados de huertos y jardines que se suceden en los alrededores de otras capitales. El silencio y la soledad reinaban en todas partes, y si algo podia advertir eran las huellas de una guerra fratricida que asoló una de las regiones mas bellas de la tierra. Me encontraba en la embocadura de un ma-

jestuoso rio y veía confundirse en el mar tantas aguas que el Plata recogió en su seno: los vapores hoy remontan esos rios y penetran hasta el corazon de la América, despues de atravesar la Confederacion Argentina, el Uruguay, el Paraguay y una parte del imperio brasileño. Cuando en América el espíritu de empresa se haya desarrollado mas y nuevas compañías existan organizadas para explotar las riquezas que su territorio virgen ofrece en todas partes, veremos subir esos mismos vapores hasta el territorio boliviano y poner á las provincias meridionales del Brasil en íntimo contacto con los Estados argentino y boliviano. ¿Y quién dudará entónces de la inmensa importancia de Montevideo, llave del Rio de la Plata?

Si los pueblos americanos reflexionasen sobre sus verdaderos intereses, ¡cuántos motivos encontrarían para sacrificar al bien de la patria los intereses personales, y trabajar unidos por el engrandecimiento nacional! Estos pensamientos me ocupaban miéntras atravesaba el Rio de la Plata acercándome á la capital de la Confederacion Argentina. Pocas horas dura esta travesía, de suerte que al amanecer del siguiente dia me encontraba pisando las playas de Buenos Aires.

¡Cuántos hechos famosos en la historia de América me recordaba la presencia de Buenos Aires! Su importancia mercantil le mereció el renombre de *perla de América*, y sus riquezas y prosperidad la elevaron al mismo rango que ocuparon durante la dominacion española, Méjico, Lima y Bogotá. Codiciada de los reyes de Europa por su posicion ventajosa sobre las costas del

Atlántico, amenazada por los holandeses y sitiada despues por los ingleses, dió siempre á sus enemigos pruebas inequívocas del valor que anima á sus habitantes. Empeñados en ocuparla los hijos de la poderosa Albion, apuran su destreza para batirla, pero en el denuedo argentino encuentran una resistencia mas poderosa que las fortificaciones mismas que la defienden. Su terrible artillería despedaza y derriba los edificios que hermosea la ciudad; sus soldados penetran en algunas calles que conducen al centro de la poblacion, pero la justicia triunfa al fin, y la hermosa Buenos Aires no pasa por la afrenta de una nueva conquista. En su recinto se levantó por primera vez la voz noble y enérgica que vindicó el derecho que la América tenia para ser libre, y allí mismo recibieron todos los pueblos del mundo de Colon la gran lección que abria para ellos una nueva era llena de risueñas esperanzas. ¡Cuánto mas glorioso habria sido todavía para Buenos Aires este hecho memorable, si para conseguir el fin que se proponian los héroes de la independencia, hubieran estos unido sus esfuerzos para atraerse á todos los americanos! Mas de una vez se ha escrito que si los próceres de la libertad americana se alzasen de la tumba y viesesen las consecuencias de su obra, volverian á morir agobiados por el dolor, la indignacion y la vergüenza. Porque, en efecto, preciso es confesarlo, al lado del hecho mas glorioso que registra la historia de las repúblicas del Nuevo Mundo, el hecho de su emancipacion política, se encuentran tantos otros indignos del pensamiento que animó á los hombres generosos que lo concibieron y realizaron.

Las pasiones mas innobles agitando á los pueblos y precipitándoles á luchas sangrientas; las preocupaciones mas funestas cobijadas por los que gobiernan con perjuicio de los intereses de los pueblos; estos mismos convertidos en presa del caudillo mas audaz; el tesoro público derramado para saciar la ambicion de los favoritos del gobierno; la nacion representada por personas oscuras y que no gozan de mas confianza que la del poder que las hizo elegir, y en fin, tantas y tan atroces injusticias como á la sombra de la magistratura se cometen cada dia, forman una cadena mas pesada y mas ignominiosa ciertamente que la del coloniaje que rompieron los padres de la independencia realizando la emancipacion americana. La cronología tristisima de aquellos sucesos forma desgraciadamente la historia de todas las repúblicas del Nuevo Mundo. Si en alguna de estas los hechos no se revelan con toda la deformidad propia de su naturaleza, la hipocresía que los disfraza no es por eso ménos repugnante ni ménos vergonzosa. Con la revolucion política germinaron en Buenos Aires todos los principios que perturban la sociedad y ponen á los Estados al borde de su disolucion. Se proclamó con un entusiasmo sin ejemplo la soberania de la multitud, y á una plebe ignorante, pero acostumbrada al ménos á obedecer al magistrado, se le hizo creer que estaba en su voluntad el principio de la autoridad y de las leyes, y en sus manos el cambiar los mandatarios que las hacen observar. Para pueblos nacientes era este el fruto vedado, el semillero inagotable de males sin cuento. Todos los ciudadanos sin distincion de clases vieron abrirseles las puertas para

llegar al poder, y en todos se desarrolló mas ó ménos la ambicion y el deseo de arribar á él. El soldado que tomó las armas para conquistar la libertad de su patria no tardó en volverlas contra los hijos de esa misma patria que le servian de obstáculo para dominarla. El magistrado constituido para administrar justicia dejó de ser imparcial participando de las pasiones de los otros ciudadanos; y estos que eran las verdaderas víctimas de semejante desórden trabajaron sin cesar por emanciparse de la tiranía que soportaban. Hé ahí la verdadera causa de la prolongada revolucion que ha sufrido aquel país, una de la libertad sud americana.

Al abrigo de la impunidad que prometia aquella situacion, se desarrollaron en Buenos Aires otros elementos poderosos de malestar social. La religion se vió atacada en sus dogmas y en su moral por enemigos formados en su mismo seno y que habian pervertido sus creencias en los libros producidos por la falsa filosofia del siglo diez y ocho. La Francia habia arrojado sobre las playas argentinas una cantidad prodigiosa de aquellos, y los hombres llamados á velar por la conservacion de la fe y de la moral pública no tuvieron rebozo para mostrarse celosos partidarios de los falsos principios que proclamaban. Se establecieron lógias secretas cuyos miembros no solo profesaban doctrinas absurdas, sino que procuraban esparcirlas entre la parte sana de la sociedad. La nacion argentina vió por primera vez confiada la administracion de los negocios públicos á francmasones enemigos de las creencias que profesaban los ciudadanos en toda la república. Periódicos asalariados,

ya por los hombres del poder, ya por otros individuos, tomaron á su cargo difundir las doctrinas de aquellos. Desde las playas del Atlántico hasta la cordillera de los Andes, las provincias argentinas se vieron inundadas por impresos impíos é inmorales; hombres salidos expresamente de Buenos Aires tenian á su cargo distribuirlos, y las lógias que éstos mismos organizaban en los pueblos, les servian de auxiliares poderosos para derramar en las masas las perversas doctrinas que les inoculaban el principio de su disolucion. Los ciudadanos no se encontraban preparados ciertamente para resistir ataques tan bruscos y dirigidos bajo la tutela de la autoridad suprema del Estado que debia reprimirlos: fueron no pocos los que se dejaron seducir y no pocos tambien desde entónces los nuevos gérmenes de desórden que pulularon en todos los lugares á donde se extendia el poder que gobernaba en Buenos Aires.

Cuando se considera esa propension que existe en el hombre para adherirse á todo lo que le lisonjea, ninguna maravilla puede causarnos la rapidez con que vemos derramarse aquellos malos principios entre los agentes del gobierno y entre los simples ciudadanos. Podria sorprendernos sí que aquellas doctrinas, tan contrarias á la fe católica y á los principios de la sana política, encontrasen prosélitos en el clero argentino, si no conociésemos las causas que para esto existian. Mas debemos observar que aquellas defecciones no fueron numerosas como han supuesto algunos, ni se realizaron entre los mas distinguidos eclesiásticos como aseguran otros que quisieron hacer su apologia. Muy pocos fueron los sacer-

dotes que en Buenos Aires se dejaron arrastrar por el torrente de novedades, reformas y proyectos que inundó á la nueva república. Nosotros respetamos el talento y las luces donde quiera que los encontramos, mas no toleraremos jamas que se conceda capacidad distinguida á un hombre, solo porque aboga con calor en favor de nuevas ideas; porque se adhiere á toda suerte de doctrinas, y porque, en fin, divisando en el trastorno del orden de cosas establecido un medio seguro y fácil de labrarse una reputacion sobresaliente, le vemos lanzarse con calor al combate y luchar á brazo partido en medio de ateos y revolucionarios. Pudo muy bien alguno de aquellos eclesiásticos adherirse en Buenos Aires á las reformas políticas; pudo muy bien suscribir de buena fe las innovaciones peligrosas que los hombres de Estado proclamaron y pretendieron sancionar en la constitucion fundamental; pero jamas debió nadie adherirse á disposicion alguna del poder civil que afectase á la Iglesia, ya fuese en sus dogmas, ya en su disciplina. Las reformas en el sistema politico podrán ser peligrosas en un país, revolucionarias é injustas segun su naturaleza ó segun el modo de ver de cada uno; pero mientras tanto, de quien las acomete no podrá con justicia decirse que ha perdido los principios de su fe ó que hace traicion á su conciencia religiosa. No sucede así cuando las innovaciones se refieren á materias de otra naturaleza y que no están sujetas á las prescripciones del hombre. Cada vez que extiende este su mano para alterar, aunque sea un ápice, las leyes que rigen la sociedad cristiana, falta á su profesion de fe y abjura sus principios católicos. Desgracia-

damente existian en las provincias argentinas sacerdotes que recibian con avidez las publicaciones de peor carácter que salian de las prensas de Francia é Inglaterra, y sin juzgar de ellas con la reserva y el criterio necesario, se empapaban en sus errores aceptando estos como verdades inconcusas. Las brillantes refutaciones que en Europa se publicaban contra tales libros, ó no llegaban á sus manos, ó si llegaban no eran leidas, porque el error se rodea ordinariamente de atractivos fascinadores, mientras que la verdad se presenta vestida de aquella noble severidad que le es propia. El interés particular les impulsaba ademas á lisonjear á la autoridad que podia servirles en su caso, y como medio eficaz para conseguirlo apoyaban sus extravíos, aunque fuese con sacrificio de su deber. Quien conoce la debilidad del corazon humano cuando el error le ha hecho perder su noble dignidad, podrá medir hasta dónde influye sobre sus movimientos el poder que le promete llegar á satisfacer lo que ambiciona, ó que no será inquietado en lo que ya posee injustamente. No debemos pues extrañar que algunos eclesiásticos que se encontraron en este caso en la época de los trastornos ocurridos en Buenos Aires, abrazasen la causa que jamas debieran, y coadyuvasen á los enemigos de la Iglesia para introducir el desorden en la Iglesia misma. Era este el primer escándalo que recibia Buenos Aires, la primera apostasia que heria allí vivamente á los hombres de fe y el primer paso de los infinitos contrarios á las creencias de la nacion que el gobierno argentino se preparaba á dar mas tarde. Tales fueron, en efecto, la persecucion de los obispos, habiendo

alguno entre estos á quien se le prodigaron tratamientos indignos sin tener otro delito, si delito pudiera ser, que no haber nacido en las provincias que riega el rio de la Plata. Tales fueron, repetimos, la supresion de las comunidades religiosas, la exclaustacion de las monjas, la ocupacion violenta de los bienes de las Iglesias, la desnaturalizacion de instituciones piadosas, la supresion de los dias festivos, la pública tolerancia de todos los cultos, y en fin, esa larga sucesion de decretos impíos que llena las páginas de la legislacion argentina en los primeros veinte años de su emancipacion politica.

Los que buscan el origen de ese profundo malestar, que trabaja á Buenos Aires y á los demas pueblos de la Confederacion Argentina, no lo encontrarán sino en aquellos pasos que daban sus prohombres ostentando á la faz del mundo mentidas luces que los sumian en profundas tinieblas. Ningun gobierno de la América española se manifestó tan hostil á la Iglesia católica como el argentino, ni ningun otro insultó como él tan de frente las creencias del pueblo; aquella Iglesia y esta fe encerraban sin embargo el gérmen de bienestar que prometia; esa Iglesia y esta fe eran el vinculo destinado á ligar al pueblo con sus magistrados y á dar á las nuevas leyes el vigor y la autoridad de que carecian. Este vinculo faltó desde que una mano páfida escribia leyes en oposicion con aquella fe é insultaba con actos violentos y despóticos á la Iglesia católica. Los ciudadanos acostumbrados á obrar segun las convicciones de su conciencia religiosa oyeron entónces ser esta una quimera, y el pueblo que obedecia la voz de su religion que le ordenaba acatará

y respetara las leyes y los magistrados, aprendió de boca de estos mismos « que no valia la religion mas que la fábula, ni sus preceptos pasaban de bellas paradojas. » La rebelion de los ciudadanos, la lucha entre el pueblo y el magistrado, la debilidad de la autoridad, la insubsistencia de las leyes, el desórden social y la anarquia eran las consecuencias necesarias de aquellos antecedentes, y los pueblos muy á su costa principiaron á experimentarlas. A medida que fueron violentos aquellos insultos hechos á la fe y á la conciencia pública fueron del mismo modo terribles para el Estado las consecuencias que le hicieron sentir. Nadie pondrá en duda que en ningun otro país de la América la guerra civil fué tan atroz ni tuvo un carácter tan cruel y sanguinario como en la Confederacion Argentina. Cuando la historia publique los hechos consumados en Buenos Aires, Entre-Rios, Corrientes, Catamarca y Provincias de Cuyo, nuestro siglo alzará un grito de horror, pedirá á voces que sean borradas las páginas que consignan esos sucesos que infinitamente le degradan, y excitará á todos los pueblos civilizados de la tierra para que unidos lancen un anatema terrible sobre los temerarios que destruyendo las convicciones religiosas de sus conciudadanos les precipitaron á cometerlos. Veinte años de la mas vergonzosa dictadura que se vió en América; veinte años durante los cuales la vida de los ciudadanos y la suerte de los pueblos dependian del capricho de caudillos cuya ley era su espada, son leccion suficiente para que conozcan todos los jóvenes Estados adónde les conduce la falta de fe y de conciencia religiosa. Ni somos ilusos, ni tememos equivocarnos

cuando vemos en ese sombrío periodo de la historia de la nacion argentina la bien amarga pero elocuente leccion, que la Providencia da á las repúblicas de América, enseñándoles á respetar la religion como la base del poder público y de todas las instituciones que hacen prósperos á los pueblos. Juzgue cada uno de los sucesos como le parezca, pero á nosotros que en todas las cosas vemos el espíritu de Dios vivificando al linaje humano, séanos permitido leer en las terribles escenas que se realizaron durante la dictadura de Rosas, escritas con sangre aquellas palabras del Legislador supremo del universo : « Porque violaste mi pacto te entregué al desórden que provocaban tus propias pasiones. Oí los alaridos de los que doblaban su cuello bajo la espada de los tiranos y dije, ved ahí el fruto de las obras de los que de mí se mo- fan. »



## CAPÍTULO XI

Situacion de la Iglesia durante la dictadura de Rosas. — El poder civil dominando en el santuario. — Honores eclesiásticos acordados al retrato del dictador. — Conducta de los jesuitas. — Su expulsion de la república. — Las diócesis vacantes. — El delegado de la Santa Sede frente á frente del gobierno. — La mano del poder sobre los eclesiásticos mas distinguidos. — El obispo Escalada. — El doctor Castro Barros. — Escenas sangrientas. — Una observacion.

Examinando lo que pasa hace medio siglo en la Confederacion Argentina y espécialmente en Buenos Aires, nuestra imaginacion cree estar presenciando el combate entre la luz y las tinieblas en el primer dia de la creacion. La impiedad, la falsa filosofia, la corrupcion de costumbres derramada á torrentes, llevan tinieblas densísimas á todas partes, miéntras que los hombres que se dicen llamados á regenerar los pueblos combinan entre las sombras planes inicuos para aniquilar la verdadera luz. Trabajada la sociedad por el desórden infinito de sus miembros, enferma y débil por los rudos golpes que dia tras dia recibe en los fundamentos que la sostienen, cree